

Deben de andar ahí todavía

EMILIANO MONGE

I

Se murió Rulfo, anunció Servelia, asomando la cabeza a través de la ventana.

¿Cómo?, respondió Euremio levantándose apurado, más por culpa de la culpa que por hallarse sorprendido: hacía varios días que lo veía andar cansado, hacía varias jornadas que dejaba su comida, que no tocaba ni su agua. Y él no había hecho nada.

Putra madre, alcanzó a pensar Euremio, o pensó porque sólo para esto le alcanzó: putísima madre, mientras salía de la casa, ahuyentaba a los perros y apuraba su andar rumbo del fondo, allí donde Servelia estaba acucillada, con sus manitas agarradas una a la otra.

Mira, soltó Servelia al escuchar que se acercaban unos pasos. *No se mueve*, añadió sin voltear la vista atrás, convencida de que era su marido el que allí estaba y concentrada en apretar aún más el nudo entre sus dedos: *no ha querido hacerme caso*.

Hincándose en el barro, Euremio le pidió a Servelia que apartara su existencia: *cómo va a hacerte caso*, gateó adentro de su casa: *por qué piensas que iba a oírte*, se acercó al cuerpo de Rulfo: *vas a creer que se ha encogido*, jaló una larga bocanada y lo agarró por las dos patas.

Antes de arrastrarlo para afuera, sin embargo, Euremio cerró un instante los párpados y así, como pidiéndole perdón a su animal, pensó en el dinero que podría haber ganado si no se hubieran, ellos dos, querido tanto, si lo hubiera pues vendido cuando todos lo deseaban.

¿Puedes creer que ya ni pesa?, soltó Euremio cuando al fin estuvo en el solar de nueva cuenta. *¿En qué momento, Servelia, cuándo se nos fue quedando así de flaco?*, insistió ahuyentando nuevamente a los perros y observando fijamente a su esposa, quien estaba masticando: *no saben del alma las horas de luto*.

II

Algo así como cuatro mil pesos, aseveró Euremio acariciando el pelaje del cadáver: *eso va a costarnos si queremos enterrarlo allá con todos*. *Y otros dos si lo queremos además volver cenizas*.

Eso es mucho dinero, Euremio, aseguró entonces Servelia, enrollando su dedo índice en la colita de Rulfo: *o es que somos muy pobres, pero tú y yo no podemos pagar tanto*, sumó clavando la mirada entre los grumos del barro y hundiéndose así en el silencio.

Sobre ellos tres, por encima de los vivos y del muerto, en torno de los cuales presumían los perros su ansia y su extravío, empezó entonces, poco a poco, a oscurecer. Aún no había estrellas. Sólo un cielo azul apresurándose hacia el negro, sólo el rumor aquel que va tragándose los ruidos.

Además, ni quién te dijo que eso quiero, soltó Servelia luego de un buen rato, cuando un calambre interno, un pedacito de rencor, la empujó hacia adelante y se sintió ella nuevamente. O no, más bien cuando alzó el rostro al escuchar —o al pensar que otra vez había escuchado— cómo alguien se acercaba detrás suyo: *si lo enterramos ahí, van todos a ir a verlo cuando quieran*.

Cuando quieran, repitió Servelia tras un par de segundos: *cundo quieran*, siguió diciendo, con voz cada vez más baja: *cundo quieran*, hasta volver su propio hablar puro murmullo, parte pues de aquel rumor que para entonces se lo había tragado todo.

El silencio, que de por sí había empezado a acechar a los dolientes y al cadáver, estuvo a punto nuevamente de atraparlos. Y los habría de hecho apresado, si no hubiera sido porque Euremio, apretando los puños, advirtió: *pues entonces sí ni hablarlo, mujer*.

Voy a enterrarlo aquí mismo, ratificó tras un instante Euremio, levantándose del suelo: *Rulfo era nuestro*, añadió el hombre girando sobre su eje, como buscando algo que no supo encontrar hasta que dijo: *la pala, vete y tráeme mi pala, mujer*.

Luego, mientras Servelia atravesaba el hondo negro que se había apoderado del solar y de las almas de los deudos, Euremio murmuró: *si quieren verlo tendrán que entrar aquí en mi casa*. *Y quiero verlos que se atrevan*, también dijo.

Apenas un par de minutos después, Servelia regresó cargando la pala, un saco de cal y un par de baldes. Desde entonces siguen ellos atrapados: dándole al suelo sus paladas, echando al hoyo sus puñitos de cal viva.



El maestro dijo

ANTONIO ORTUÑO

Es probable que la anécdota sea falsa: mucha gente en Guadalajara comenzó a despachar historias apócrifas sobre Rulfo a partir de los años ochenta para pararse el cuello y dárselas de influyente y enterada. El pasaje que referiré resulta, sin embargo, verosímil. Al menos me gusta pensar en él como un hecho que sucedió.

Guadalajara es lugar en el que han pasado pocas cosas (hay tapatiólogos, lo sé, que me querrán quitar la razón con argumentos como: “¿Pero a este salvaje se le hace poca cosa la fundación del Claustro de los Padres Jupiterinos —luego Mercado Epigmenio Menchaca— en 1781?”). Sí, fue la ciudad en la que el cura Hidalgo abolió la esclavitud en 1811, pero desde entonces no es que nos hayamos mantenido en los reflectores. Guadalajara no jugó ninguna clase de papel en las guerras contra Francia o Estados Unidos y en la Revolución lo más interesante que llegó a suceder fue que Pancho Villa le pegara un balazo (cuya horadación ha sido respetada) al reloj del Ayuntamiento. Es verdad que Guadalajara fue uno de los epicentros de la Cristiada, pero para la mayor parte del país aquella fue una guerra desconocida o muy menor (no para Rulfo, claro, que destiló el conflicto con maestría, pero ése es otro cuento).

Total: la gente no suele tener ídolos locales. Aunque es ciudad de la que salieron Miss Universos, cantantes famosos, campeones de boxeo, una multitud de futbolistas y artistas suficientes como para llenar un par de filas del auditorio de la eternidad nacional, siempre se ha respirado, en la ciudad, cierto aire de incredulidad ante sus logros. En ningún lugar ha sido tan ninguneado el Chicharito Hernández (el mayor anotador de la selección de fútbol en su historia) como acá, en su terruño. En ninguna otra parte como aquí hay tantos dispuestos a jurar que lo que haya hecho un jalisciense no es —nunca es— para tanto.

Rulfo no era de Guadalajara sino del sur de Jalisco y, se sabe, no pudo estudiar en la Universidad local porque estaba en huelga cuando quiso inscribirse. En sus últimos años, no obstante, pasó más tiempo acá. Esos años finales, en los que su obra se consagraba a escala mundial y los lectores de don Juan asumían que jamás iba a escribir un siguiente libro, luego de sus textos canónicos (*La cordillera*, se sabe, quedó nomás platicada), son la época en que ocurre nuestra historia.

No hay escritor tapatío que viviera por aquellos años que no jure haber sostenido un intercambio de palabras, breve pero revelador, con el *maestro*. O recibido una palabra de aliento (una nomás, porque Rulfo no las desparramaba) o, ya de menos, haber convidado un tequilita a don Juan y acompañado sus calladas meditaciones. Ahí sí hay unanimidad y ganas de subirse al tren: Rulfo es adorado religiosamente por el mundo cultural de esta ciudad en la que no nació ni murió y que, no obstante, lo considera suyo.

La cosa llega al grado de que tres cuartas partes de los cafés del centro de Guadalajara (e incluso de zonas menos probables) aseguran ser el lugar en el que Rulfo escribía. Se exhiben tazas de cerámica de

las que el *maestro* bebió, sillas en las que se aposentó, fotografías luidas en las que, huidizo, asoma al fondo del local. Yo no sé si los meseros lleven alguna clase de entrenamiento o lo hagan de forma espontánea, pero cada edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara acabo enterándome, por boca de extranjeros, de un nuevo café que reclama haber sido el segundo hogar del *maestro*. Vaya: a un amigo peruano llegaron a decirle que don Juan escribió *Pedro Páramo* en la terraza del Sanborns de Plaza del Sol, que se construyó un año después de su muerte (si llegas a leer este texto y te reconoces, me disculpo por no haberte desengañado y permitirte que pusieras, por meses, en tu perfil de Facebook una fotografía en la que apareces, orgulloso y emocionado, en un lugar que tu héroe literario jamás pisó y junto a dos meseras que no lo conocieron).

Pero ahora llega la historia que vine a contar, que es simple y espero que cierta. Le sucedió al amigo de un amigo mío. Desde la secundaria, cuando lo descubrió en su programa de lecturas obligatorias, el tipo fue entusiasta de la prosa de Rulfo. Su familia era, también, del sur de Jalisco y el léxico y las historias de don Juan le evocaban toda una miríada de memorias de abuelos, tíos, veranos correteados en el rancho. Memorias, claro, elevadas al rango de literatura universal por obra y gracia del narrador. El muchacho desgastó a fuerza de relecturas sus volúmenes de *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Un retrato en blanco y negro de un Rulfo impertérrito decoraba el muro junto al escritorio en el que garrapateaba sus trabajos escolares.

Todo mundo sabía de sus pasiones y, una buena tarde, ya en la preparatoria, una chica del salón le dio una noticia urgente: su padrino conocía al *maestro*, mantenía amistad con él y el escritor estaba confirmado para asistir a una comida que se celebraría aquel fin de semana en su casa. El muchacho hirvió, desde luego, con la revelación. Porfió (y consiguió) ser invitado al banquete. Se presentó en casa de su (nueva) amiga mucho antes de lo acordado. Su presencia obligó a la familia entera a apresurarse. Contra la costumbre tapatía que indica que lo educado es aparecer una hora después de lo indicado para no dar la impresión de andar urgido, padres, hija y agregado se presentaron puntuales a la comida.

Rulfo no estaba aún. Pasaron los minutos pero no en vano. El escritor llegó en algún momento, no demasiado tarde. Tampoco es que le gustara hacerse esperar. El amigo de mi amigo casi se atraganta cuando lo vio ser conducido a la terraza y ocupar el equipal que se había reservado para él.

Al calor del primer tequila de su vida (era un preparatoriano), tuvo el valor suficiente para tragar saliva,

sacar de su mochila unos ejemplares recién comprados (recordemos que los suyos se deshojaban ya, de tanto como habían sido frecuentados) y acercarse a don Juan. El anfitrión había sido oportunamente advertido de las intenciones del visitante y, generoso, decidió facilitarle las cosas. “Mira, Juan, este muchacho es lector tuyo y quiere que le firmes sus libros”. Mucha gente ha dicho que Rulfo era distante y hasta frío con quien se le acercara para tales fines, pero la historia dice que esta vez fue muy amable. Firmó los volúmenes con trazos veloces y le dio una leve palmada en el brazo al tembloroso receptor de sus atenciones.

Al amigo de mi amigo lo rebasaron las emociones, y la (relativa) calidez del *maestro* le dio el impulso necesario. Logró abrir la boca. En frases atropelladas y pronunciadas en voz más recia de lo debido, le expuso al escritor los motivos de su fascinación: el común origen en el sur de Jalisco, la sugestiva evocación del pasado y el lenguaje del campo, la belleza insólita de sus frases.

Rulfo escuchó la embestida de palabras ensalivadas sin parpadear apenas. Y cuando, segundos después, el muchacho redondeó el punto y, con ojos brillantes y una sonrisa, le dijo que le parecía el mejor escritor del mundo, intervino.

—Joven: ya no ande leyendo pendejadas.

Y se volteó para otro lado.

Lo demás fue puro silencio.



EXT. DÍA. Frente a la oficina de patentes
GABRIELA JAUREGUI

Dos hombres de espaldas. Ambos con el mismo porte y tamaño. Un traje de corte similar pero color diferente. Un perro callejero viene a olfatearles los pies de vez en cuando. Ellos siguen su intercambio sin prestarle mucha atención.

JUAN:

Escribir cambia el modo de leer y de que un escritor construya la tradición y arme su genealogía literaria a partir de su propia obra...

RULFO

[lo interrumpe]:

... contaba Piglia que decía Faulkner citado por mi hijo Rodrigo.

JUAN:

¿Quiénes son esas hijas y esos hijos en las letras?
¿Tus carnales en la lectura y en la escritura?

RULFO:

Los mismos que construí *diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.*¹

JUAN:

Tus palabras reverberan contra las paredes de Comala, se escuchan contra el muro de un cementerio que fotografiaste hace años.

RULFO:

Los construyo a diario en esas palabras que corren y se desgastan hasta volverse poro abierto al viento pardo de Luvina.

PERRO

[para sus adentros, en su lengua de perro húmeda y calientita]:
... y que llegan hasta la Lagunilla, pero también hasta Lagos y Los Ángeles.

JUAN:

Esa misma fuga, o linaje, que había estado en esas palabras, tuyas, de Rulfo. Y, ¿quién de nosotros no ha estado en tus palabras? Quién no te ha sentido, como un sabor en la boca, como un ardor en la barriga.

RULFO:

Yo digo que es desde esas palabras que *entran por nuestros oídos y fluyen en nuestras venas*² que el pasado me presta sus palabras. Para cuidar el mundo desde mi presente.

JUAN:

Pero en ese cuidado, ese estar en las palabras, y luego en los zapatos, a sabiendas que esos zapatos húmedos no cruzan jamás el mismo río, se corre riesgo.

RULFO:

Pongamos la boca pues donde está el dinero, al revés de como dice el dicho gringo.

JUAN:

Ponerlo todo. Poner el cuerpo donde las letras. Buscar insertarse allí. Un ejercicio de escultura. Una disciplina.

¹ Juan Rulfo, *Pedro Páramo*.

² Charles Bernstein, “State of the Art”, *A Poetics*, 8, citado en Cristina Rivera Garza, *Había mucha neblina o humo o no se qué*.